

estaba ya la expedición española; y los que residían en la segunda, tuvieron que venir huyendo á la capital, dejando abandonados sus intereses. ¿Y cuál era entre tanto la conducta que los jefes reaccionarios observaba con nuestros compatriotas, diseminados por las haciendas de Tierra-caliente y por las cortas poblaciones? Brindarles con su protección; acompañarles muchas veces hasta ponerles en salvo, como lo hizo el honrado Vicario con los del distrito de Cuernavaca, y protegerles siempre que han estado en posibilidad de hacerlo.

1862. Enero. »Y no se crea por esto que el partido reaccionario es menos celoso de su independencia que el llamado liberal: en este punto á los dos los creo dotados de la recomendable virtud de un patriotismo acendrado, que han conservado ileso á través de los trastornos y de las revoluciones: si así no fuera, sería imposible que los españoles que anhelamos el engrandecimiento de Méjico, pero independiente, y que vemos la intervención como la mano de la Providencia que viene, no á dominar, sino á constituir el país, á plantear un gobierno liberal y justo para marcharse despues, dejándonos solo el dulce consuelo de su benevolencia, sería imposible, repito, si tal patriotismo no resaltase de una manera inequívoca en el partido reaccionario, que los peninsulares que están enlazados en el país, los que tienen hijos á quienes dejar patria, simpatizarán ni un momento con él.

»Pero los reaccionarios saben lo mismo que nosotros que la intervención, lejos de amenazar la independencia de Méjico, viene por el contrario á robustecerla, para

que podamos hacer frente dentro de poco á cualquier amago de la nación vecina: la reacción sabe, lo mismo que nosotros, que es indispensable, en el estado de anarquía en que se encuentra la patria, que venga una fuerza extraña, pero amiga, á poner término á las contiendas intestinas que han desgarrado á la nación, han cegado las fuentes de riqueza, han abierto las puertas á la inmoralidad, y han sumido al pueblo en la mas espantosa miseria.

»A la Europa le toca encerrar con su prudencia, su tino y su sabiduría, en la caja de Pandora, las discordias y las rencillas de partido; y puesto que la España viene ocupando en esta cuestión un lugar honroso y distinguido, nuestro deber, el deber de todo español amante de la patria, que vive en Méjico, que no es ingrato á este país en que ha pasado los años mas bellos de su juventud, es darle á conocer la índole, las tendencias, las ideas religiosas de sus hijos, para que, sirviendo esto de punto de partida, obre con el acierto que siempre ha distinguido á la hidalga nación española. Este es el momento oportuno de que nuestra patria conquiste con actos desinteresados, filantrópicos y de generosidad, la influencia moral que le corresponde por los lazos de familia que unen á Méjico y España. Todo se presenta favorable para conducir á término feliz las miras, no de conquista, sino de rehabilitación social que tienen hácia Méjico las naciones coligadas. El país está bien preparado, mejor dicho, ansía con afán la regeneración con que le brinda la Europa; el partido reaccionario, cada día mas numeroso, pero que está persuadido de que nunca terminará la lucha civil, acoje

con regocijo la anhelada intervencion, como el único remedio que puede salvar á la república, y hasta la gente de menos alcance, pero honrada, mira este paso de España, Francia é Inglaterra, como el remedio á sus miserias y padecimientos.»

1862.
Enero.

La opinion general, como se ve, era que las potencias extranjerias no llevaban miras hostiles contra Méjico, sino el deseo de que se constituyese un gobierno que diese garantías de paz y de adelanto. Por eso al llamamiento del gobierno no acudieron sino los que pertenecian al partido progresista. El comercio, la clase pudiente, los hacendados, no se alistaron ahora para tomar las armas, como lo hicieron en 1829, 1836, 1847 y siempre en fin en que creyeron en peligro la independendencia de la patria. El gobierno, por lo mismo, comprendió que para sostenerse en el poder no debia contar mas que con el partido liberal, y llamó á la union de todo él, para hacer frente á las eventualidades, resuelto á no ceder sino á la fuerza, pero á combatir hasta el último instante.

Conservando la lisonjera esperanza de lograr al fin separar á la Inglaterra y á la Francia de la convencion celebrada en Lóndres, reduciendo la cuestion á la España únicamente, siguió una política diestra con aquellas, no teniendo para ellas la prensa palabras ofensivas. No por esto se crea que dejó de manifestarse disgustado con lo acaecido en San Luis y en otros puntos con las demostraciones hostiles contra los pacíficos españoles. El ministro de la guerra Don Manuel Doblado, al tener noticia de los desórdenes en aquella ciudad cometidos, ordeuó al general Don Jesús

Gonzalez Ortega que se hallaba en Zacatecas, para que marchase á San Luis y remediase los males cometidos. Don Jesús Gonzalez Ortega cumplió lealmente con lo dispuesto por el gobierno; se condujo de una manera digna y caballerosa con los españoles; dijo que podian volver á la ciudad á entregarse libremente á sus ocupaciones.

El gobierno de Juarez, comprendiendo que la manera de manifestar que el país gozaba de bienestar, que se hallaba completamente unido, y que su administracion era emanada del voto nacional, era terminar con las fuerzas conservadoras antes de que los representantes de Francia, Inglaterra y España llegasen á Veracruz. De esta manera quedaba sin objeto la mision de las tres potencias, pues no siendo otra que la de que el país escogiese libremente el sistema de gobierno que juzgase mas conveniente, y viendo que el país no se oponia de manera alguna al que tenia, el motivo de la expedicion cesaba. Para conseguir su anhelo, puso en movimiento las diversas columnas de tropa con que contaba, hizo que se levantasen otras nuevas, y que todas, en combinacion, cargasen sobre las fuerzas conservadoras que se ostentaban en diversos Estados. La campaña, merced á esas medidas activas, empezó siendo verdaderamente favorable para las armas liberales. En Tlaxcala fueron batidos y derrotados los jefes conservadores Don Ignacio Gutierrez, Febles y Cruz. La accion fué reñida; pero les fué imposible resistir al número de tropas que les atacaron, y se vieron precisados á retirarse con grandes pérdidas. Entre los prisioneros que las fuerzas progresistas hicieron en esta

accion, se encontraban los jefes Don Adrian Islas, Don Juan Beltran, Don José María Casillas, Don Pedro Romero y Don Alberto M. Otero, los cuales fueron fusilados inmediatamente. En el cerro de la Joya, inmediato á San Pedro Toliman, fué derrotada otra partida conservadora y hecho prisionero su jefe Don Antonio

1862. Ibarguren. Identificada su persona, fué
Enero. pasado en el acto por las armas y se le cortó la cabeza, que la pasearon por las calles de Querétaro, para llevarla luego á Celaya. (1) Pocos dias despues, á mediados de Enero, fueron aprehendidos en Atlamanulco, el general conservador Don Luis Gonzalez Valenzuela, y los jefes Don Luis de la Peña y Don Sotero Serrano que, como todos los que caian prisioneros, fueron fusilados. Respecto de Márquez y de Zuloaga, sus fuerzas recibieron terribles golpes, como habian recibido las de Taboada y Mejía.

Pero los hechos de armas no eran suficientes para terminar con el partido conservador; y las derrotas solo servian para patentizar que existia un partido que podia ser menos afertunado en las batallas por carecer de recursos; pero que rechazaba los principios proclamados por sus contrarios. Entre tanto, los comisionados de las potencias interventoras habian continuado celebrando varias conferencias entre sí, referentes á los diversos puntos que tenian que tratarse, marchando en casi todos de acuerdo; pero al llegar al asunto de las reclamaciones pecuniarias, hubo una acalorada discusion entre los representantes de Inglaterra

(1) Monitor Republicano, 4 de Enero de 1862.

y los de Francia. La primera reclamación que presentaron los franceses fué la de la deuda contraida por Miramon el 29 de Octubre de 1859, por el empréstito de quince millones de duros, conocido por bonos de Jecker, de que tengo ya dada noticia en su lugar correspondiente, y que fué sumamente oneroso para Méjico. Jecker era un banquero suizo, establecido en la capital de la república mejicana, que siempre habia pasado por ciudadano de su país natal; pero que en los momentos de las reclamaciones apareció como súbdito francés, y, en consecuencia, presentaban su reclamacion los señores Jurien de la Graviere y Saligny, que Don Benito Juarez no habia querido reconocer. Los representantes ingleses al ver presentar en las reclamaciones pecuniarias el referido contrato, se manifestaron opuestos á ello. El general Don Juan Prim, al hablar de ese incidente habido en la conferencia, decia con fecha 14 de Enero: «Al oir hablar del contrato Jecker y Compañía, exclamaron á una voz los representantes ingleses, que era una exigencia inadmisibile. Expuso el ministro Sir Charles Wyke, que, próximo á caer, recibió Miramon de dichos banqueros ó prestamistas, la suma de setecientos cincuenta mil pesos en metálico, y en cambio entregó bonos del tesoro por catorce millones de duros. Este contrato leonino y escandaloso causó, segun Sir Charles Wyke, un descontento general en el país, y tiene dicho señor por seguro que jamás será aceptado por el actual gobierno ni por otro alguno que entre á regir los destinos de Méjico.»

1862. A las dos de la tarde del mismo dia 14 en
Enero. que el conde de Reus escribia las anteriores

palabras, salieron de Veracruz para la capital, los porta-pliegos enviados por los comisionados de Francia, Inglaterra y España, con objeto de dar á conocer al gobierno de D. Benito Juarez el objeto de las naciones aliadas. Los porta-pliegos eran Mr. Eduardo Patham, capitan de la marina inglesa; Mr. Thomasset, capitan de fragata, jefe de estado mayor francés, y D. Lorenzo Milans del Bosch, brigadier español. Les acompañaban, como agregados, Mr. Loor, teniente; Mr. Defilsjames, aspirante de marina, y D. José Argüelles, jefe de estado mayor.

Mientras los porta-pliegos se dirigian á la capital, los comisionados continuaban teniendo sus conferencias; y el dia 18, el general Prim, dió un banquete á los representantes de las naciones aliadas, al cual asistieron los jefes superiores del ejército expedicionario, y las frases emitidas en los brindis que se pronunciaron, revelaban que ningun sentimiento bastardo ni siniestro conducia la expedicion á Méjico. Entre los brindis que se dijeron, todos en sentido favorable á Méjico, llamó la atencion el pronunciado en francés por el general Prim, por la fuerza que á sus palabras daba el alto carácter que representaba. «Señores,» dijo: «El destino ha conducido á este país á los soldados »de tres grandes naciones; y cuando soldados leales »se hallan reunidos á tan larga distancia de sus países, »su primer pensamiento pertenece de derecho á sus »soberanos y á sus patrias.

»Creo, pues, prevenir vuestros sentimientos y deseos haciendo este brindis. A la salud de la reina »Victoria, y á la felicidad de Inglaterra; á la salud »de la reina Isabel y á la prosperidad de la España; á

»la salud del emperador Napoleon, y á la grandeza »del imperio francés. Y si en esta ocasion coloco á Es- »ña en segundo lugar, es por rendir homenaje á la »cortesía de S. M. el emperador de los franceses: tráta- »se de la noble señora que rige los destinos de España, »y estoy seguro que el mismo emperador, con su ga- »lantería francesa, le cedería su lugar.

»La mision que trae á los ejércitos aliados á estos »países, es noble, es generosa, es, en fin, digna de los »soberanos y de los gobiernos que nos envian: bebá- »mos, pues, al buen éxito de nuestra empresa, que de »ella depende la tranquilidad y ventura de este des- »graciado país.»

Lo mismo en los brindis pronunciados en este banquete, que en las conversaciones, y en los documentos oficiales de los aliados, no se veia una palabra que no revelase respeto á la independenciam de Méjico.

Las fuerzas de las tres naciones, para evitar que se desarrollase en ellas el vómito, se situaron despues de dejar una guarnicion suficiente en Veracruz, unas en Medellin, y otras en la Tejeria. En este punto se acamparon los franceses; en Medellin y Paso del Toro, los españoles; quedando los ingleses en la ciudad, acuartelados en el Hospicio.

La ansiedad entre tanto crecia en Méjico esperando los primeros pasos de las potencias aliadas. Se sabia en la capital que los comisionados de las tres naciones enviaban al gobierno de Méjico algunas notas referentes al importante asunto que les habia conducido á aquel país, y anhelaban la llegada de los porta-pliegos. Pronto vieron satisfecho su deseo. A las siete de la noche del 20 de Enero llegaron los expresados porta-

pliegos á Méjico; el dia 21, á las doce y media del dia, fueron recibidos por el presidente D. Benito Juárez, á quien entregaron los pliegos, y el 22 les dió un convite el ministro de Prusia Mr. Wagner, al que asistieron el ministro de hacienda de relaciones D. Manuel Doblado y el Sr. Echeverría, de hacienda. El 23 les fué entregado el pliego en que el gobierno contestaba al *ultimatum*, y en la noche les obsequió con otro convite el expresado ministro de hacienda Echeverría. El brigadier Milans del Bosch, en esos dos dias que llevaba de estar en la capital, se expresó pública y privadamente, manifestando, sin embozo, sus simpatías en favor de la administracion de D. Benito Juárez y en contra de los conservadores, en los momentos precisamente en que un jefe de estos, Don Juan Vicario, prestaba su favor á los españoles establecidos en la tierra-caliente, acompañándoles, como he dicho, hasta cerca de la capital, y en que varios periódicos liberales publicaban los remitidos que he dado á conocer, manifestando su hostilidad á España y su consideracion á Inglaterra y Francia, autores verdaderamente de la intervencion.

El 24, á las cuatro de la mañana, colocados en la diligencia que mandaron disponer, y acompañados de una fuerte escolta de caballería para seguridad en el camino, salieron de la capital hácia Veracruz, marchando en-compañía de ellos D. Manuel de Zamacona, ex-ministro de relaciones de D. Benito Juárez, que fué bien recibido por los plenipotenciarios, siendo obsequiado con una serenata que le dieron las músicas de los cuerpos españoles.

Los porta-pliegos llegaron á Veracruz el 27 de Enero.

Los pliegos que habian entregado al gobierno de Méjico de parte de los enviados de las tres potencias, decian así: «Los infrascritos representantes de S. M. la reina de la Gran Bretaña, de S. M. el emperador de los franceses y de S. M. la reina de España, tienen la honra de manifestar á V. E., que han recibido de sus respectivos gobiernos la órden de presentar un *ultimatum* en que se encontrarán expuestas sus justas reclamaciones.

»Deudas sagradas y reconocidas por los tratados han dejado de satisfacerse: la seguridad individual de nuestros conciudadanos ha recorrido la funesta senda que comienza por las exacciones violentas y concluye por el secuestro y la muerte. Tal estado de cosas debia poner á los gobiernos aliados en el triste caso de exigir, no solo reparaciones por lo pasado, sino tambien garantías para el porvenir. Pero los infrascritos representantes, investidos de la confianza de sus gobiernos, han creido que su mision no se limita á exponer los agravios inferidos á sus gobiernos, y á exigir su reparacion inmediata.

»Tomando en consideracion el estado actual de Méjico, han creido que podian aspirar á fines mas elevados y generosos. Tres grandes naciones no forman una alianza solo para reclamar de un pueblo, á quien afligen tan terribles males, la satisfaccion de los agravios que se les han inferido: tres grandes naciones se unen, estrechan y obran en completo acuerdo para tender á ese pueblo una mano amiga y generosa que lo levante, sin humillarle, de la lamentable postracion en que se encuentra.